

ductor francés acaba con la indicación de las abreviaturas de aquellas obras mayormente citadas. Y después de transcribir el texto latino de las *Homilias*, según Rufino, y la correspondiente y bien realizada traducción al francés, Borret pone fin a su trabajo con unos índices —escriturístico, de nombres propios y analítico— de gran utilidad para el lector. En este aspecto también hay que destacar la minuciosidad y buen criterio con que está realizado el índice analítico.

Se trata, pues, de un trabajo importante, el realizado por M. Borret. No sólo por el contenido —pues nos acerca a la obra de uno de los mayores teólogos de la Antigüedad, y realizada por él en plena madurez científica—, sino también por la forma en que está elaborado. Las notas complementarias que se señalan al final del primer volumen soslayan no poco la parquedad de aquellas otras que deberían señalarse a pie de página en los lugares correspondientes de la traducción, a manera de oportunas explicaciones o referencias críticas.

MARCELO MERINO

Bernard SESBOÛÉ, *Basile de Césarée: Contre Eunome, livres I-III, suivis d'Eunome: Apologie. Introduction, traduction et notes*, Paris, Eds. du Cerf («Sources Chrétiennes», 299 y 305), 1982 y 1983, 274 y 355 pp., 12,5 x 19,5.

B. Sesboüé, con la colaboración de Georges-Matthieu de Durand y de Louis Doutreleau para la fijación del texto e introducción, ha realizado la edición crítica del *Contra Eunomio* de Basilio de Cesarea, acompañada de una excelente traducción francesa, y de la *Apología* de Eunomio, también traducida. El volumen I comprende, además de la introducción, el primer libro *Contra Eunomio*; el volumen II comprende los dos restantes libros y la *Apología* de Eunomio, precedida de otra introducción.

Según es costumbre en la conocida colección *Sources chrétiennes*, se ha iniciado este trabajo con una relación bibliográfica, tanto de las fuentes como de los estudios existentes acerca de la obra citada.

De particular interés son las amplias introducciones que prepararan a la edición crítica y traducción. En ellas no sólo se considera el estado de la tradición manuscrita de los tres libros *Contra Eunomio* y de la *Apología* de éste, sino también las cuestiones de autenticidad, así como las circunstancias históricas de esta controversia. También se ofrece en las introducciones un documentado estudio sobre las influencias filosóficas y patrísticas que han modelado la teología trinitaria de Basilio el Grande y de Eunomio.

Basilio fue sacerdote de Cesarea, en Capadocia, en el momento en que compuso el *Contra Eunomio*, en el 364. Será obispo en el 370. Eunomio fue nombrado obispo de Cízico, en el Helesponto, en el año 360, pero fue depuesto en el 361 y enviado al exilio a causa del escándalo de sus propios partidarios arrianos. Para defenderse, escribió una *Apología*,

en la que afirma la trascendencia de Dios Padre, pero rechaza la divinidad del Hijo y del Espíritu, que no son, según él, más que criaturas: la esencia divina consiste en ser inengendrado, lo cual sólo corresponde al Padre y no al Hijo ni al mundo.

Aunque se echa en falta un estudio sistemático del pensamiento teológico de Eunomio y Basilio acerca de la Trinidad, la introducción de Sesboüé ofrece los suficientes datos para hacernos cargo del problema filosófico —o mejor, de la relación entre filosofía y teología— que subyace al enfrentamiento doctrinal entre Basilio y Eunomio.

Los dos teólogos parten de corrientes filosóficas afines, neoplatonismo, aristotelismo, estoicismo, aunadas por el espíritu sincretista de la época. Y desde una base filosófica poderosa se aproximan a la Sagrada Escritura para desentrañar las enseñanzas bíblicas sobre el misterio de Dios. Las discrepancias teológicas entre ambos radican en presupuestos filosóficos dispares. Eunomio parte fundamentalmente de la dialéctica aristotélica y estoica; sus rivales lo denominan 'tecnólogo', término reservado a la orientación filosófica de la formación sofística; es tecnólogo el sofista filósofo que se apropia el aparejo exterior de la filosofía, lógica y dialéctica. Al mismo tiempo, Eunomio participa con los estoicos en una concepción similar sobre el origen de las palabras —hay una equivalencia original del ser y del lenguaje— y sobre la idea de 'naturaleza' de las cosas; estos dos puntos del estoicismo son afines también a determinadas escuelas neoplatónicas.

Basilio también recibió influencias estoicas y aristotélicas. Por eso, si bien reconocía, con Aristóteles, que los nombres fueron inventados por los hombres *kata thesin*, los ponía en relación a la vez con la naturaleza de las cosas —*kata physin*—, según el parecer estoico. La definición de *epinoia* —'concepto'— dada por Basilio es próxima a la de los estoicos: «la *epinoia* no se aplica sólo a las imaginaciones fútiles y sin realidad: después de la primera idea —*noema*—, originada por la sensación, la reflexión ulterior, más afinada y más precisa acerca de la cosa pensada, se llama *epinoia* —'concepto'—» (I, 6,40-44), de modo que no es una simple palabra, un sonido vano, sino concepto mental asentado en la inteligencia tras la reflexión sobre la realidad observada. Aplicando esta teoría a la polémica que nos ocupa, Basilio sale al paso de un error eunomiano, según el cual los conceptos y palabras que usamos para referirnos a Dios no llegan a significar de suyo nada de la esencia divina.

Pero la corriente filosófica dominante en Basilio es el neoplatonismo. A diferencia de Platón, para quien el Bien no era sustancia —*ousia*—, Basilio sostiene que Dios constituye la sustancia primera. Sin embargo, es totalmente platónica su concepción del conocimiento de Dios: Ser absolutamente trascendente que necesita de una luz especial para enlazar nuestra inteligencia con él en cuanto objeto de conocimiento; esta luz es la del Logos, a quien la luz divina ha sido totalmente comunicada por generación eterna. A su vez este Logos-Verbo es el alimento del hombre *logikos*, a quien el Verbo impide que caiga en la *alogia* (I, 7,23-27). Asistimos aquí a una versión cristiana de una temática grata al neoplatonismo. Ya un neoplatónico como Porfirio había señalado que «la subs-

tancia —*ousia*— de lo divino procede hasta llegar a tres hipóstasis —*hypostaseis*—»; Basilio obrará con una terminología similar empleando, al igual, el primer término en singular y el segundo en plural; no obstante, el esfuerzo del teólogo cristiano muestra la gran distancia que hay entre la sola filosofía y el contenido de la fe cristiana, si bien utiliza la misma fundamentación racional.

Según Daniélou, también se aprecia en Eunomio un sistema neoplatónico, una explicación de la génesis de lo múltiple a partir del Uno. En la cumbre de la jerarquía de las cosas, se halla el *agennetos*, la divinidad inefable. Esta, por medio de una *energeia*, que se llama Padre, produce un *ergon*, que es el Hijo. Este, a su vez, por una *energeia* que es el Espíritu, produce un *ergon*, que es el cosmos. Esta exposición neoplatónica de la trascendencia y absoluta simplicidad del Uno inengendrado, del surgimiento de lo múltiple y del devenir desde el Hijo hasta el cosmos, es el apoyo filosófico del arrianismo de Eunomio. Según la escuela neoplatónica de Jámblico, los nombres divinos son ajenos a las *epinoiai* humanas, y sólo Dios puede comunicar a la inteligencia del hombre su significación; si no hace así, se quedan en meros sonidos carentes de contenido. Aquí radica el punto de contacto entre la teoría estoica del lenguaje y la neoplatónica de Jámblico: según los estoicos los nombres indican la naturaleza de las cosas; también afirman esto los neoplatónicos, pero apuntan a un origen 'místico' de las palabras al que se adhiere Eunomio, según el cual los nombres son instituciones divinas —nunca *kata thesin*, a diferencia de Basilio—. Por eso, los nombres que se refieren a la sola naturaleza divina sólo pueden ser entendidos cuando el propio Dios los explica.

Basilio, también neoplatónico, pero no de la escuela de Jámblico sino de la de Ammonio Sakkas, rechaza esta concepción 'mística' del lenguaje para adherirse a la científica o aristotélica, de forma que los nombres referidos a Dios son originados, como los demás nombres, *kata thesin*, a la vez que están puestos en relación con la naturaleza de lo expresado. Por eso, no todos los nombres referidos a Dios tienen idéntico significado ni todas las expresiones, predicadas de Dios, tienden a una sola significación, sino a diversos aspectos de la naturaleza divina. A Basilio le parece absurda, filosóficamente errónea, la pretensión eunomiana de suprimir la significación propia de los nombres divinos para reducirlos a meramente sinónimos de 'lo inengendrado'.

Asistimos, por tanto, ante la polémica de dos teólogos que discrepan profundamente en torno al misterio central de la fe cristiana, habida cuenta de que subyace un enfrentamiento de dos escuelas filosóficas distintas: el neoplatonismo de Jámblico —Eunomio— frente al neoplatonismo de Ammonio Sakkas —Basilio—, a su vez sometidos a un sincretismo —distinto en cada caso— con el aristotelismo y la filosofía de la Estoa. Este ejemplo de la Antigüedad Clásica nos ilustra, pues, sobre un problema capital del quehacer teológico: acertar con el presupuesto filosófico a partir del cual el acceso a la Escritura sea verdaderamente clarificador.

ALBERTO VICIANO